



Sr. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

AL NACIMIENTO

Barrameda, Reina, y Señora de España.

Reposa, augusta Niña: al lento avanzar,
Un Angel del Señor los aires baxado,
Y de paz y ventura alegre nuncio,
Sobre la régia cuna el ala tiende;
Mientras la tierna Madre desde el techo
La prenda de su amor absorta mira,
Y de inefable gozo henchido el pecho,
Por no turbarle el sueño, no respira
¡Bendito Dios, que de la hispana gente
Oyó el voto ferviente!
¡Bendito aquel que tras la noche umbria
La luz del sol envia,
Y tras brava tormenta
Que la tierra amedrenta,
Apaga el rayo y enmudece al trueno,
Y encierra al mar en su profundo seno!
¡No veis, allá en el cielo,
Aparecer el iris refulgente,
Símbolo de consuelo y de esperanza?
Sobre el régio palacio toca el suelo,
Y mecido en las nubes mansamente,
Hasta el trono de Dios su extremo alcanza
A su vista, cien pueblos de ambos mundos
Al templo corren con piadoso anhelo,
A impulso de su celo;
Y con llanto de amor y de ternura,
De su Reina celebran la ventura
Eso llanto; Señora, es de mas precio
Mil veces mas que el oro
De tu rico tesoro,
Mas que el cetro y espléndida corona
Que tu poder pregona:
No lo imponen los Reyes
Con rigurosas leyes,
Ni se compra con dádivas y dones;
Lo dan los corazones

CORONA FESTIVA



F. D. FRANCISCO, MARTINEZ DE LA ROSA.

AL NACIMIENTO

DE LA

Serenísima Señora Princesa de Asturias.

Reposa, augusta Niña: al fausto anuncio,
Un Angel del Señor los aires hiende,
Y de paz y ventura alegre nuncio,
Sobre la régia cuna el ala tiende;
Mientras la tierna Madre desde el lecho
La prenda de su amor absorta mira;
Y de inefable gozo henchido el pecho,
Por no turbarle el sueño, no respira. . . .
¡Bendito Dios, que de la hispana gente
Oyó el voto ferviente!
¡Bendito aquel que tras la noche umbría
La luz del sol envía,
Y tras brava tormenta
Que la tierra amedrenta,
Apaga el rayo y enmudece al trueno,
Y encierra al mar en su profundo seno!
¡No veis, allá en el cielo,
Aparecer el iris refulgente,
Símbolo de consuelo y de esperanza?
Sobre el régio palacio toca el suelo,
Y mecido en las nubes mansamente,
Hasta el trono de Dios su estremó alcanza. . . .
A su vista, cien pueblos de ambos mundos
Al templo corren con piadoso anhelo,
A impulso de su celo;
Y con llanto de amor y de ternura,
De su Reina celebran la ventura. . . .
Ese llanto, Señora, es de mas precio
Mil veces mas que el oro
De tu rico tesoro,
Mas que el cetro y espléndida corona
Que tu poder pregona:
No lo imponen los Reyes
Con rigurosas leyes,
Ni se compra con dádivas y dones;
Lo dan los corazones. . . .

Tú, bondadosa y pía,
 El galardón recibe en este día!
 ¿No escuchas en la plaza el sordo acento,
 Cual en espeso bosque
 Lejano zumba el reprimido viento?
 Tu pueblo fiel acude presuroso
 Al anuncio del trance peligroso;
 Pregunta, inquiere, indaga; á un rumor leve,
 Se agita, se conmueve;
 Vacila entre el temor y la esperanza
 Incierta la balanza;
 Cuenta eternas las horas, tiembla, duda;
 La ansiedad misma la garganta añuda;
 Mas al cielo los ojos levantando,
 Demanda á Dios por la preciosa vida
 De su Reina querida. . . .!

Y Dios acogió luego
 El fervoroso ruego;
 Y acortando benigno el duro plazo,
 La venturosa Madre
 Vió el fruto de su amor en su regazo.

Un grito de alborozo
 Por las doradas bóvedas resuena
 Y el vasto espacio atruena;
 Con vivas mil de gozo
 Responde la apiñada muchedumbre
 Que el alcázar circunda
 Y los átrios inunda;
 Mientras batiendo las ligeras alas,
 Rápido el viento lleva
 A España toda la anhelada nueva. . . .

Y es común voz que en la imperial Granada,
 En la régia Capilla,
 Del arte maravilla,
 Do la gran Isabel en paz reposa
 Cabe al augusto Esposo tan querido,
 En vida y muerte unido,
 Sonó confuso un eco
 Por el cóncavo hueco;
 Sobre la yerta losa
 Temblaron las estatuas gigantéas,
 Y este acento se oyó: ¡Bendita seas!

Madrid.—1851.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.